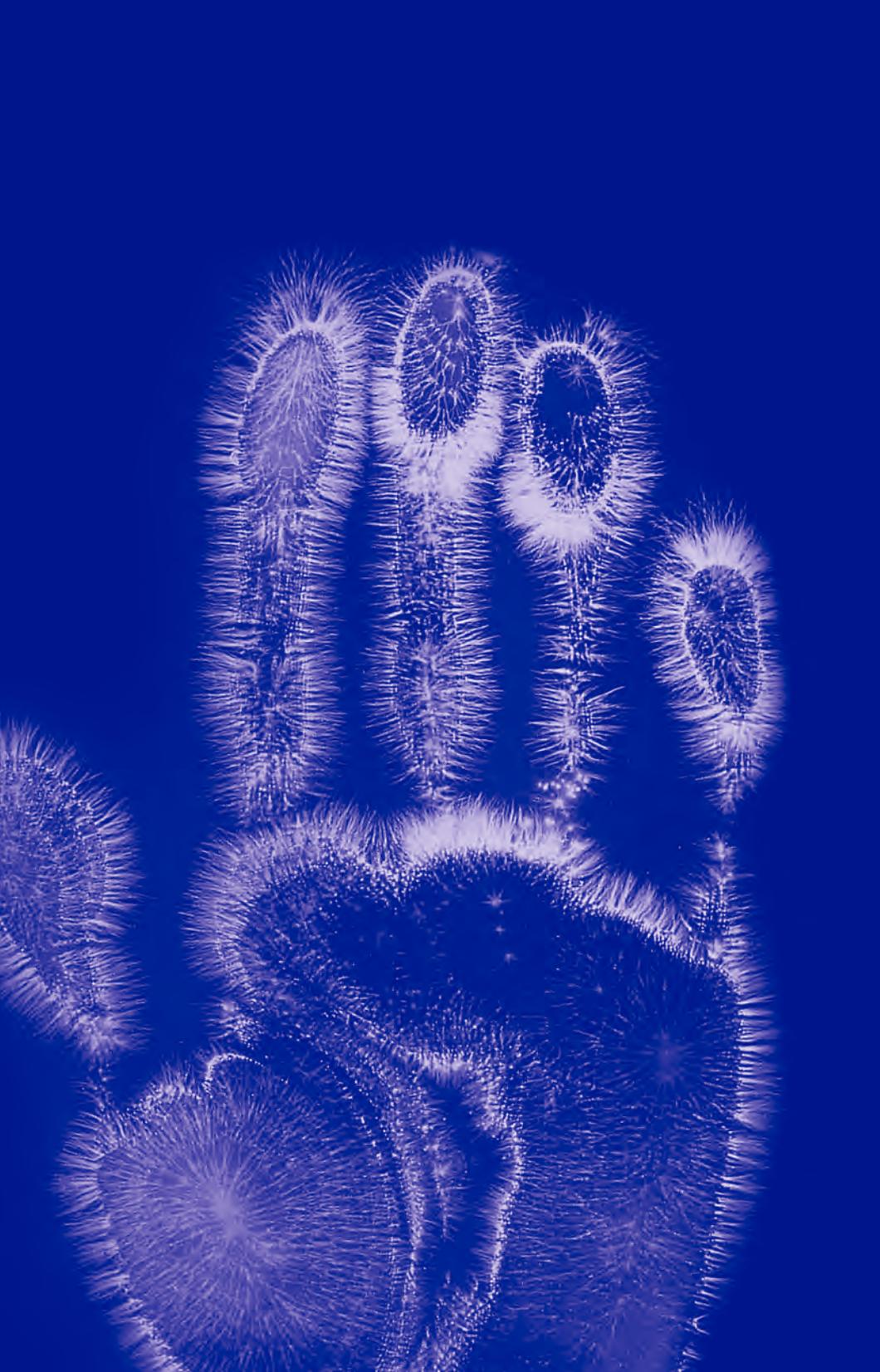


A painting of a man in a dark coat standing on a rocky outcrop, looking out over a vast, misty landscape with mountains and a river. The man is seen from behind, with his hands on his hips. The landscape is filled with soft, hazy light, suggesting a sunrise or sunset. The mountains are in the distance, and a river flows through the valley. The overall mood is contemplative and majestic.

JOSEPH CAMPBELL
TÚ ERES ESO

ATALANTA





MEMORIA MUNDI

ATALANTA

I 3 I



www.elboomeran.com

JOSEPH CAMPBELL
TÚ ERES ESO
LAS METÁFORAS RELIGIOSAS
Y SU INTERPRETACIÓN

INTRODUCCIÓN Y EDICIÓN
EUGENE KENNEDY

TRADUCCIÓN
CÉSAR AIRA



ATALANTA
2019

www.elboomeran.com

En cubierta: *Soñador sobre el mar de niebla*,
Caspar David Friedrich, 1818, Hamburger Kunsthalle, Hamburgo
En guardas: *Efluvios de una mano electrificada posada sobre
una placa fotográfica*, Jakob von Narkiewicz-Jodko, 1896

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Todos los derechos reservados.

Título original: *Thou Art That: Transforming Religious Metaphor*

© Joseph Campbell Foundation, 2001

© De la traducción: César Aira

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-949054-7-6

Depósito Legal: GI 1064-2019

Índice

Introducción

13

Capítulo 1

La metáfora y el misterio religioso

El sentido del mito

29

Qué hacen los mitos

31

La metáfora, lengua materna del mito

35

Metáfora y misterio

39

Capítulo 2

La experiencia del misterio religioso

El simbolismo y la experiencia religiosa

41

Experimentar el misterio

43

Capítulo 3

Nuestras ideas de Dios

51

Elementos de nuestra experiencia del misterio de Dios

61

Símbolos: fuera del tiempo y el espacio

66

Capítulo 4
La imaginación religiosa
y las reglas de la teología tradicional

71

La imaginación y su relación con
la investigación teológica

77

Capítulo 5
Símbolos de la tradición judeocristiana
¿Qué clase de dioses tenemos?

85

El Génesis

94

Abraham, padre del pueblo judío

99

Capítulo 6
Comprender los símbolos
de la espiritualidad judeocristiana

109

El nacimiento virginal

111

La caverna

115

El niño

117

La huida a Egipto

118

El niño como maestro

119

El Mesías

121

Los milagros

125

La Última Cena

126

Judas

128

La Crucifixión

129

La Cruz

130

El fin del mundo

139

Capítulo 7

Sesión de preguntas

141

Apéndice

Una conversación

Nota introductoria

165

Amanecer de la Tierra:

el alba de una nueva consciencia espiritual

166

Bibliografía de Joseph Campbell

185

Notas

189

Para Jean Erdman Campbell

Tú eres eso

Las metáforas religiosas
y su interpretación

Introducción

«*Tat tvam asi*» es una frase que aparece con frecuencia en estas reflexiones espirituales de Joseph Campbell, compiladas póstumamente. Estas palabras también ponen una rúbrica de celebración a su vida y obra. Traducido del sánscrito como «Tú eres eso», el epigrama capta el espíritu generoso de Campbell, así como la dirección de su trabajo. El gran estudioso de la mitología no sólo comprendió las profundas consecuencias espirituales de esta frase sino que, del modo más altruista y natural, vivió también según ellas.

A Joseph Campbell le gustaba hacer la pregunta de Schopenhauer que puede leerse en su ensayo *Sobre el fundamento de la moral*: «¿Cómo es posible que un sufrimiento que no sufro yo, ni me concierne, me afecte de inmediato como si fuera mío, y con tal fuerza que me lleve a la acción? [...] Es realmente misterioso, algo que la razón no puede explicar y para lo que no puede hallarse fundamento en la experiencia práctica. No es un fenómeno desconocido ni siquiera para el egoísta de corazón más duro. Todos los días aparecen ante nuestros ojos ejemplos de respuestas de este

tipo, instantáneas, irreflexivas, de una persona que ayuda a otra, que acude en su auxilio, aun poniendo su propia vida en claro peligro por alguien a quien ve por primera vez, sin tener en mente nada más que la necesidad del otro y el peligro que corre su vida [...]».¹

La respuesta de Schopenhauer, que Campbell se hacía suya, era que la reacción y la respuesta inmediatas representaban la emergencia de una revelación metafísica que nada expresa mejor que la frase «Tú eres eso».² Esto presupone, como escribió el filósofo alemán, la identificación con algo distinto de uno mismo, una penetración de la barrera que hay entre las personas, de modo que el otro ya no sea percibido como un extraño indiferente, sino como una persona «en la cual sufro, a pesar de que su piel no envuelva mis nervios».³

Esta visión fundamental, prosigue Schopenhauer, pone de manifiesto que «mi propio y genuino ser interior existe realmente en toda criatura viviente [...] [y] es la base de esa compasión (*Mitleid*) sobre la que descansa toda virtud auténtica, es decir, altruista, y cuya expresión se encuentra en toda buena acción».⁴

A Joseph Campbell no sólo le movía la compasión en sus relaciones personales, como habrá sentido fácilmente cualquiera que lo haya oído hablar o haya leído sus libros, sino que también entendía que esta revelación espiritual era básica para comprender el lenguaje metafórico a través del cual se expresan tanto la mitología como la religión, cuyas imágenes y energía fluyen desde una fuente común en la imaginación humana. «Las metáforas de toda mitología», escribió, «podrían definirse como signos afectivos derivados de las intuiciones de ese juego del sí-mismo que recorre todos los aspectos de una forma de vida local, manifestados mediante representaciones ritualizadas, relatos

pedagógicos, plegarias, meditaciones, festivales anuales, etcétera, de tal modo que todos los miembros de la comunidad respectiva tengan acceso a su conocimiento, tanto en sentimiento como en espíritu, y puedan vivir en armonía.»⁵

Para Campbell, la mitología era, en cierto sentido, el poderoso órgano catedralicio a través del cual las resonancias tonales de cien tubos distintos se funden en la misma música extraordinaria. Lo común a estos temas múltiples era su origen humano, como si cada uno fuese un vehículo del mismo grito eterno del espíritu, declinado en extraordinarias y deslumbrantes variaciones, en el campo del tiempo. Los hombres y las mujeres nos encontramos a nosotros mismos en las expresiones creativas de los anhelos, aspiraciones y tragedias propiamente humanos de nuestra tradición particular. De hecho, éstas nos parecen tan familiares y naturales que casi excluyen la posibilidad de que los mismos sentimientos e ideales puedan ser expresados de modo muy diferente en alguna otra tradición. Sin embargo, si escuchamos y miramos con atención, terminamos por reconocernos en la literatura, los ritos y los símbolos de otros, aun cuando al principio nos parezcan deformados y extraños. «Tú eres eso», diría Campbell, citando la subterránea intuición espiritual de su vida y obra. *Tat tvam asi.*

Lo que Campbell oyó en estos coros variados y a veces casi indescifrables fue un compartido sentido de la maravilla y el respeto ante el misterio del ser. La compasión, que él reconocía como la más ennoblecedora de todas las reacciones humanas, no era evocada por todas las tradiciones con el mismo interés o convicción, como bien comprendió. No obstante, la tradición judeocristiana, de la que provenía él mismo, era una vigorosa fuente de enseñanza sobre la compasión, de un modo que no se encontraba desarrollado o acentuado tan sensiblemente en las costumbres de otras

culturas. Cuando la tradición judeocristiana se implantó en tierras donde no había sido conocida, trajo consigo sus muy criticados defectos y excesos. Pero también algo nuevo y revolucionario: un desarrollado sentido de la compasión por el sufrimiento de los otros.

De ahí que al reunir, y en algunos casos incluso injertar en una sola rama, las numerosas reflexiones de Joseph Campbell sobre la herencia espiritual judeocristiana, el tema de la compasión emerja con tanta elocuencia. Muchos de los que estuvieron cerca de Campbell comparten una misma convicción sobre este notable e independiente estudioso de la religión comparada. Hasta tal punto lo absorbía esta materia cuando conversaba al respecto que perdía la conciencia de sí mismo o de cuánto sabía. A veces, las preguntas de su auditorio o de sus amigos sacaban a la luz sorprendentes observaciones o explicaciones. Aquello se parecía a los tesoros mitológicos hallados en el campo, de los que en ocasiones hablaba, que sólo podían ser desenterrados por accidente. «Cuando tropiezas y caes», decía, recordando un tema sobre nuestra común humanidad, «entonces descubres el oro.»

Esto mismo se puede aplicar a la travesía que exigió la preparación de este libro, pues muchas de las reflexiones de Joseph Campbell sobre los símbolos y mitos judeocristianos estaban incrustadas en conferencias en las que sólo eran ejemplos de asuntos más amplios. También las preguntas extrajeron de él, por así decirlo, tesoros de erudición que de otro modo tal vez no habrían salido a la superficie. Estas respuestas, que en ocasiones se extendían en pequeñas conferencias, a menudo iluminaban vastos paisajes de la historia bíblica. Pero eran pronunciadas de tal modo que ponían a los interrogadores en un plano igual al suyo, como si estuvieran contemplando juntos el mismo problema desde un

fondo compartido de conocimiento sobre la Biblia, la religión y la mitología. Muchas de estas respuestas han sido transcritas en el presente volumen, de manera que buena parte de lo que Joseph Campbell sabía sobre los orígenes, símbolos y significados de la espiritualidad judeocristiana se presenta aquí reunido quizá por primera vez.

Éste no es, por supuesto, un método nuevo de producir un libro coherente. Es el método de la mitología misma, como lo es de muchos de los dichos y escritos compilados de cualquier tradición religiosa. Algunos de estos capítulos son ediciones de conferencias específicas, como se explica en la sección de las Notas (págs. 189-194). En general, integran diversas versiones de una misma conferencia, para asegurar la mejor evocación del estilo y las reflexiones del orador. Joseph Campbell el conferenciante es, como ya se ha observado, diferente de Joseph Campbell el refinado estilista. Esto nos permite conocer al orador que se dirigía a sus oyentes como un maestro lo hace con sus alumnos, sabiendo, al igual que el historiador Herodoto, de qué modo recurrir a las digresiones como parte de su plan.

Joseph Campbell, como un arqueólogo que devuelve a la vida una antigua aldea conocida sólo por sus osamentas y artefactos, revela la vitalidad de lo que parecen, incluso a muchos judíos y cristianos, reliquias muertas y quebradizas de una creencia. Evoca, por ejemplo, la cualidad vital del pueblo judío y la riqueza simbólica del Antiguo Testamento, que, por la alquimia inversa de los que lo ven asfixiarse bajo la literalidad de un Cecil B. DeMille, se ha devaluado espiritualmente con el paso de los siglos. Nada desmentirá mejor la falsa acusación, hecha después de su muerte, del antisemitismo de Campbell que la sincera sensibilidad y el respeto con que ilumina la majestad de las creencias y la historia judías.

Del mismo modo, Joseph Campbell redescubre a los cristianos el aura de significados que sobrevuela los incidentes religiosos y los relatos del Nuevo Testamento. Tal como hace al abordar la historia judía, es en esta aura –es decir, en las connotaciones que, a causa de su propia naturaleza, florecen de las metáforas– donde encuentra el significado más profundo de los relatos de la vida y obra de Jesús. Describir los Testamentos como mitos no implica, como señala el propio Campbell, devaluarlos. La visión contemporánea del mito como algo falso ha llevado a la gente a pensar que se trata de fantasías que se hacen pasar por verdades, como Campbell ilustra en estas páginas respondiendo a un entrevistador malévolo y mal informado. Pero la mitología es un vehículo de la verdad mucho más fiable que las cifras de un censo o un almanaque, pues éstas, sujetas al tiempo como no lo está el mito, quedan desactualizadas no bien se las imprime. El propósito de Joseph Campbell al explorar los mitos bíblicos no es descartarlos como inverosímiles, sino revelar su núcleo vivo y nutritivo.

Muchos elementos de la Biblia parecen muertos e increíbles porque han sido considerados hechos históricos en lugar de representaciones metafóricas de realidades espirituales. Han sido aplicados de modo concreto a grandes figuras, como Moisés o Juan el Bautista, como si fueran informes realistas de sus acciones. Que este marcado acento de lo histórico antes que de lo espiritual se haya prolongado hasta el alba del siglo XXI pone de relieve el desfase que los dirigentes de las religiones institucionales han permitido que se abriera entre sus ideas estáticas y el rápido desarrollo de una sólida erudición nueva. La incapacidad de seguir el precepto del papa Juan XXIII de «leer los signos de los tiempos» los deja rezagados incluso respecto de su propia época.

Hay escasos progresos visibles en la enseñanza formal de la religión, que no incorpora, ni reconoce siquiera, aquellos progresos en la investigación que nos permiten leer con renovada comprensión los grandes documentos y tradiciones de las religiones occidentales dominantes. Las necesidades espirituales de la gente son descuidadas por autoridades religiosas que insisten en reafirmar el carácter histórico-factual de las metáforas, lo que no hace sino distorsionar y rebajar su significado.

Esto obliga a la religión organizada a atravesar un interminable purgatorio de «juicios perdidos», como el famoso proceso Scopes de 1925 en Dayton (Tennessee), en el cual el entusiasta testimonio ofrecido por William Jennings Bryan sobre la interpretación literal histórica de la Biblia fue desmontado por el interrogatorio de Clarence Darrow. Este enfrentamiento, a su vez mitologizado en una pieza teatral y en una película, ha perpetuado la idea trágicamente errónea de que la ciencia y la religión son caminos opuestos y mutuamente excluyentes a la verdad de nuestras vidas y del universo. El drama del proceso, con sus detalles reacomodados con fines teatrales, contiene una verdad que ya existía antes y que aún se mantiene viva: las trágicas consecuencias de que los hombres, con la mejor de las intenciones y la peor de las razones, combatan la verdad en defensa de sus anticuadas creencias. De este modo, las autoridades religiosas encarnan una caricatura de la religión que a los divulgadores populares les resulta fácil demoler, aunque no sepan nada de teología, como es el caso del astrónomo Carl Sagan.

La incapacidad de valorar la naturaleza metafórica de la literatura y el discurso religiosos ha conducido con frecuencia a embarazosas cruzadas o expediciones en defensa del relato bíblico de la Creación. Las acerbas guerras de teorías

«creacionistas» versus «evolucionistas» presentes en los libros de texto son sólo un ejemplo de por qué el caso Scopes terminó siendo mitologizado. Los hombres emprenden costosas expediciones al monte Ararat para localizar los restos del arca de Noé, pero, por supuesto, nunca encuentran nada. Creen, no obstante, que sólo se han equivocado en la localización y que existió literalmente, por lo que sus maderos deben de hallarse en alguna otra parte, todavía ocultos a nuestros ojos. En realidad, el arca puede ser encontrada fácilmente, sin necesidad de viajar, si comprendemos que es un navío mitológico en una historia extraordinaria cuya finalidad no es la documentación histórica sino la iluminación espiritual. Apreciar el Génesis como mito no implica destruir ese libro, sino redescubrir su vitalidad e importancia espirituales.

Esta balbuceante incapacidad de ponerse a la altura de las estructuras mitológicas de la imaginación religiosa ha aislado a los creyentes fundamentalistas en sus feroces y a veces violentas defensas de creencias literales y concretas en todos los confines del mundo. El caso Scopes terminó con el desafortunado desprestigio de un hombre por lo demás notable, William Jennings Bryan, y redujo la religión a un cúmulo de creencias y supersticiones que en el siglo XX ya habían dejado de ser pertinentes. Esos resultados ya eran de por sí bastante malos. Pero son poca cosa comparados con los de las guerras que siguen librándose para vindicar interpretaciones concretas de enseñanzas religiosas.

En la selección que compone este volumen, Joseph Campbell proporciona una base nueva aunque no novedosa para nuestra comprensión de la tradición judeocristiana. Se preocupa de resolver los enormes problemas que causan las malinterpretaciones actuales por parte de la religión institucional de las metáforas espirituales como hechos históricos. La pa-

labra *metáfora* proviene del griego: *meta*, «superar» o «ir de un lugar a otro», y *phorein*, «mover» o «transportar». Las metáforas nos transportan de un lugar a otro, nos permiten cruzar límites que de otro modo se cerrarían ante nosotros. Las verdades espirituales que trascienden el tiempo y el espacio sólo pueden llegarnos en vehículos metafóricos cuyo sentido se encuentra en su connotación –esto es, en la nube de testimonios de las muchas facetas de la verdad que las metáforas evocan espontáneamente– y no en su denotación, en las fijas casillas fácticas y unidimensionales de su referencia histórica.

Así, el nacimiento virginal, como verá el lector, no se refiere a la condición biológica de María, la madre de Jesús, sino al renacimiento del espíritu que todos podemos experimentar. La Tierra Prometida tampoco se refiere a una ubicación geográfica sino al territorio del corazón humano en el que cualquiera puede entrar. Pero se han dictado fajos de condenas y se han librado interminables guerras por una confusión fundamental sobre estas metáforas, que deberían permitirnos atravesar los límites del tiempo y el espacio en lugar de sumirnos en la frustración, sin posibilidad alguna de abandonar el polvoriento escenario de su concreto período histórico. Las denotaciones son singulares, limitadas en el tiempo y no espirituales; las connotaciones de la metáfora religiosa, por el contrario, son ricas e intemporales, y no se refieren a alguien en el mundo exterior de otra época, sino a nosotros mismos y a nuestra experiencia espiritual interior en este preciso instante.

Joseph Campbell también esboza el tema religioso místico que explica el carácter vacilante de las autoridades de las religiones institucionales. Cristo, como el lector recordará o redescubrirá en este libro, eligió a Pedro diciéndole: «Tú no entiendes de cosas espirituales, por eso te convertiré

en cabeza de mi Iglesia». Del mismo modo que Buda eligió al simple Ānanda para una función similar. Quizá, como observa Campbell repetidamente, la búsqueda espiritual no puede ser emprendida más que por uno mismo; es decir, no podemos esperar que los obispos o los rabinos lo hagan por nosotros. Así, en la historia de los caballeros artúricos, cada uno partió en busca del Grial, que es un objetivo espiritual más que material, «adentrándose en el bosque en su parte más oscura», esto es, por un sitio donde nadie hubiera trazado antes un sendero. La inercia de la religión organizada supone un desafío constante al crecimiento espiritual: inevitablemente debemos trazar nuestro propio sendero antes que seguir el de otro.

La herencia religiosa que recibió Joseph Campbell fue la católica romana. Abandonó formalmente la Iglesia cuando, siendo estudiante de mitología, sintió que enseñaba una fe literal y concreta que ningún adulto podía sostener. A los veinticinco años, como otros hombres de su tiempo, había rechazado las estructuras del catolicismo. Más tarde suavizó lo que en un momento parecían amargos sentimientos reconociendo la necesidad pedagógica de enseñar a los niños mediante interpretaciones concretas, en vez de con metáforas que no podrían entender. Pero nunca volvió a asistir a misa, aunque comprendía profundamente su potente simbolismo y lo describió en muchas de sus conferencias.

Ningún creyente genuino de ninguna tradición verá disminuida su fe leyendo a Joseph Campbell. Antes bien, sentirá que no necesita renunciar a sus tradiciones para examinar más a fondo sus enseñanzas y sus rituales más sagrados.

Al final de su vida, según un artículo de Pythia Peay sobre Campbell y el catolicismo, «recibía tratamiento láser en

el hospital St. Francis de Honolulu. Su habitación, como todas las demás, tenía un pequeño crucifijo de bronce colgando de la pared. En lugar del habitual Cristo sufriente con la cabeza inclinada y el cuerpo ensangrentado, la figura en la cruz de la habitación de Campbell estaba cubierta con ropa y tenía la cabeza erguida, los ojos abiertos y los brazos extendidos en lo que parecía un abrazo casi gozoso de lo divino». Era el Cristo Triunfante del que Campbell había escrito con frecuencia como símbolo del celo de la eternidad por la encarnación en el tiempo, que implica la ruptura del uno en muchos y la aceptación de los sufrimientos de un modo confiado y dichoso.

Según Peay, Campbell «experimentó profundamente las honduras del símbolo cristiano» durante las que serían sus últimas semanas de vida. Cita a su esposa Jean Erdman: «Le emocionaba verlo, porque para él era el sentido místico de Cristo que reflejaba el estado de unión con el Padre». En la habitación del hospital, de acuerdo con el testimonio de su esposa, Campbell «experimentó emocionalmente lo que antes había comprendido de forma intelectual. Ver esa imagen en un hospital católico lo ayudó a liberarse del conflicto que había tenido con la religión de su infancia».⁶

Joseph Campbell se encarnó plenamente en el tiempo, fue un hombre vivaz y encantador, desbordante de entusiasmo por el gran misterio del ser, con el que estaba comprometido por entero. Pero debió enfrentarse a la muerte antes de que su mensaje fuera entregado al enorme público que tendría conocimiento de su persona a través de las entrevistas televisivas de Bill Moyers. Experimentó una resurrección de la que, en cierta medida, todos fuimos testigos. Cruelmente, tuvo entonces que sobrellevar una crucifixión a manos de sus críticos, algunos de los cuales desempeñaron el papel de Judas traicionando la ayuda y los modelos que

él les había proporcionado para fortalecer sus propios estudios de mitología. Otros parecieron envidiar su súbita fama e irritarse por el hecho de que, en su camino a la eternidad, hubiera logrado algo que a ellos les había sido negado en su trillada rutina cotidiana.

Todavía hubo quienes prefirieron malinterpretar o tomar por las palabras de otro las que Joseph Campbell había escrito. Consideremos, por ejemplo, al teólogo católico que afirma que Campbell describió la misa católica nada menos que como un programa culinario de Julia Child. Lo que él sugirió en realidad, como descubrirán los lectores en estas páginas, fue que la misa había sido despojada de la riqueza del misterio por reformadores que la tradujeron a las lenguas locales e hicieron que el sacerdote se volviera hacia la congregación. En su elocuente comparación, fueron estos reformadores quienes no entendieron los símbolos de la misa al convertir una comida sacramental en una especie de programa de televisión.

Joseph Campbell no necesita defensores contra estos críticos. Le habrían sorprendido y disgustado tanto como su celebridad. Su obra, por su carácter intrínseco, también sobrevivirá a los críticos. De hecho, en los numerosos libros y charlas de Campbell encontramos el vocabulario que necesitaremos para hablar espiritualmente en el siglo cuya sombra ya se cierne sobre nuestros días. Este volumen es un esfuerzo por ofrecer el primer borrador de un silabario que permita a la gente penetrar y respirar el espíritu que ha movido el gran navío de las instituciones judeocristianas, que ahora parece en calma.

Mientras escribo esto, el Centro Carter para Estudios de la Paz, en Atlanta, está supervisando un total de ciento doce conflictos bélicos, muchos de ellos fundamentados en reclamos étnicos, a lo largo y ancho del mundo. Estas guerras

amenazan con destruir el concepto de un mundo unificado y con devolver a millones de hombres a un cruel aislamiento. El mensaje central de Joseph Campbell es que estas divisiones étnicas son la amarga cosecha de las distorsiones de las enseñanzas religiosas sembradas mucho tiempo atrás. Cuando se reclaman derechos espirituales sobre la base de metáforas religiosas tomadas como hechos históricos y datos geográficos, en lugar de como símbolos del corazón y el espíritu, surge una cruel división del mundo que vuelve inevitable la tragedia.

Incluso la palabra *compasión* se ha devaluado en nuestros días, tornándose un concepto protoplasmático no fundamentado en el sacrificio y embebido de un sentimentalismo indiferenciado. Ha sido absorbida –como una pequeña democracia es incorporada a un vecino totalitario– por los entusiastas de la Nueva Era, que la han revestido de una vaguedad astral. Pero la compasión exige mucho más de nuestro carácter, pues requiere que todos emprendamos un heroico viaje hasta los lejanos confines de las vidas de gente que parece distinta a nosotros. Se trata fundamentalmente de una experiencia espiritual, por lo que no necesitamos salir de casa, ni siquiera levantarnos de la silla, para partir.

El ejercicio de la compasión, claramente identificado con el más alto ideal religioso y espiritual en la obra de Joseph Campbell, exige un triunfo sobre los viejos obstáculos que se alzan con espadas flamígeras ante cada generación: el deseo y el miedo a la muerte. La labor de Campbell puede compararse con la de un restaurador de arte que quiere que volvamos a ver la obra maestra de nuestra herencia espiritual occidental tal como era antes de que la historia la oscureciera y la distorsionara.

Su amplia tela ha sido pintada muchas veces en el transcurso de los siglos, en ocasiones por sus enemigos, de-

masiadas veces por sus amigos, hasta que la viveza de las imágenes y los colores originales se perdió. El trabajo de Campbell, como el de quienes descubrieron los colores vivos de la Capilla Sixtina de Miguel Ángel bajo la gris opacidad que la había oscurecido, nos permite contemplar una vez más, como el ciego en el Evangelio, el brillo de la Creación.

En un sentido genuino, podríamos decir que Joseph Campbell predica el fin del mundo, esa gran metáfora de la espiritualidad tan explotada por quienes han tomado su piel denotativa y descartado su carne connotativa. Pues, como explica el propio Campbell, el fin del mundo no es un cataclismo al que nos acercamos cada vez más como si se tratara del aterrador Juicio Final. El fin del mundo sucede todos los días para aquellos cuya visión espiritual les permite ver el mundo tal como es, transparente a la trascendencia, un sacramento de misterio o, como escribió el poeta William Blake, «infinito». El fin del mundo es, en consecuencia, la metáfora de nuestro comienzo espiritual antes que de nuestro duro final.

La tradición espiritual judeocristiana, restaurada por Joseph Campbell, es muy diferente del sectarismo religioso subdividido y egoísta que enfrenta a los hombres unos contra otros en una interminable guerra sin perdón. La enseñanza más importante de la tradición es la de la compasión, que exige que muramos para nosotros mismos de modo que nos elevemos a esa visión que revela que compartimos la misma naturaleza humana con el resto de las personas. *Tat tvam asi.*

El mensaje de Joseph Campbell para el siglo XXI no es apocalíptico. Es esperanzador, porque nos arraiga una vez más en los fundamentos de la tradición judeocristiana y en la tarea de vencer el deseo y el miedo, que no hacen más que

desterrarnos del Jardín en el que, lejos de mirarnos unos a otros con vergüenza, aceptamos la humanidad que nos conforma.

Tat tvam asi. Tú eres eso.

Eugene Kennedy, doctor en filosofía, 2001



«Nadie en nuestro siglo –ni Freud, ni Thomas Mann, ni Lévi-Strauss– acercó tanto el sentido mítico del mundo y sus figuras eternas a nuestra consciencia de todos los días.»

James Hillman

Según Joseph Campbell, la mitad de los habitantes del mundo están profundamente equivocados: creen que las metáforas de nuestras tradiciones religiosas son hechos; la otra mitad piensa que no lo son. De lo que resulta que tenemos, por una parte, a un sector de creyentes que aceptan las metáforas como hechos acontecidos históricamente y, por otra, al conjunto de los ateos, para quienes las metáforas religiosas son puras mentiras, porque las cuestionan únicamente como hechos. Ambas visiones son erróneas.

Los ensayos y conferencias de Joseph Campbell reunidos en este libro analizan diferentes metáforas de la tradición judeocristiana: el Génesis, Abraham, el nacimiento virginal, la huida a Egipto, la Última Cena, Judas, la Crucifixión, el fin del mundo... Y, a través de su hondo conocimiento del lenguaje simbólico de los mitos, constantemente malinterpretado por la cultura moderna, Campbell va desvelando la vida y veracidad latentes de los textos religiosos a la vez que recupera desde otro enfoque su inefable misterio.

Joseph Campbell (1904-1987) fue, junto a Mircea Eliade y Karl Kerényi, el mitólogo más importante de la segunda mitad del siglo xx. Entre sus numerosos libros merecen ser destacados: *El héroe de las mil caras* (de próxima aparición en Atalanta), *Las máscaras de Dios* (4 vols.), *Imagen del mito*, *Las extensiones interiores del espacio exterior*, *Diosas* o *La historia del Grial*.

